

Etnicidad y violencia en la novela *Lejos del nido*

Fabio Gómez Cardona
Universidad del Valle

Resumen

Apartándose de consideraciones puramente estéticas, el autor enfoca un aspecto crucial de la novela *Lejos del nido*, del escritor antioqueño Juan José Botero, en su carácter documental e ideológico: la cuestión de la violencia real y simbólica, ejercida desde el reino de la escritura—escritura de leyes, escritura literaria, escritura de la historia—contra las comunidades amerindias, como parte del proyecto hegemónico de la nación concebido y puesto en práctica a lo extenso del siglo XIX. La puesta en diálogo transtextual de la ficción romántico-costumbrista, con otras textualidades de carácter histórico, sociológico y antropológico, nos revelan las fuerzas ideológicas de un imaginario construido sobre la base de consideraciones raciales, clasistas, religiosas, laborales, que han operado en la construcción de una identidad nacional que niega la heterogeneidad cultural e impone

Abstract

Leaving pure aesthetic considerations aside, the author focuses on a crucial aspect of Juan José Botero's *Lejos del nido*, far from the next: the questions of real and symbolic violence which is practiced in the realm of writing—legal, literary and symbolic writing—against native american communities as a part of the hegemonic project of nation conceived and practiced during the 19th century. The dialogue between romantic-customary fiction and other sorts of historical, sociological and anthropological texts reveal ideological forces from an imaginary constructed upon the base of racial, class, religious and labor considerations, which have operated in the construction of a national identity that denies cultural heterogeneity and imposes its domain on the other african-american and native american.

su dominio sobre la otredad afro-
descendiente y amerindia.

Palabras clave

Literatura antioqueña
Juan José Botero
Lejos del nido
Novela colombiana
Violencia étnica
Identidad nacional
Etnohistoria
Heterogeneidad cultural
Proyecto hegemónico

Resumo

Deixando de lado as considerações puramente estéticas, o autor focaliza um aspecto crucial do romance *Lejos del nido*, do escritor antioquenho Juan José Botero, em seu caráter documental e ideológico: a questão da violência real e simbólica exercida a partir do reino da escritura —escritura de leis, escritura literária, escritura da história— contra as comunidades ameríndias, como parte do projeto hegemônico de nação concebido e pôsto em prática ao longo do século XIX. Fazendo um diálogo transtextual da ficção de costumes romântica, com outras textualidades de caráter histórico, sociológico e antropológico, nos revela as forças ideológicas de um

Key Words

Literature of Antioquia
Juan José Botero
Lejos del nido
Colombian novel
Ethnic violence
National identity
Ethno-history
Cultural heterogeneity
Hegemonic project

imaginário construído sobre a base de considerações raciais, classistas, religiosas, laborais, que funcionaram na construção duma identidade nacional, que nega a heterogeneidade cultural e impõem seu domínio sobre o outro afrodescendente e ameríndio.

Palavras chave

Literatura antioquenha
Juan José Botero
Lejos del nido
Romance colombiano
Violência étnica
Identidade nacional
Etnohistoria
Heterogeneidade cultural
Projeto hegemônico

La novela *Lejos del nido*, del escritor antioqueño Juan José Botero, fue publicada en 1924, el mismo año de aparición de *La vorágine*, de José Eustasio Rivera. Un profundo abismo conceptual y artístico separa, sin embargo, estas dos obras; pues si *La vorágine* nos marca la entrada de la literatura colombiana en la modernidad, preludia y anticipa lo que será el quehacer novelístico de las siguientes décadas, incluida la denominada novela de la violencia hasta *Cien años de soledad*, *Lejos del nido* corresponde todavía y da perfecta cuenta de los paradigmas estéticos y sociales que dominaron el siglo XIX. En cierta forma se puede leer la novela como el testamento de una sociedad, de una época que muere, pero cuyos fantasmas seguirán habitando el ámbito ideológico de una nación que no logra instituirse ni definirse si no es mediante la exclusión, la negación y la violencia que tiende a la eliminación física y simbólica de su otredad constitutiva.¹

Entre el público en general, la novela tuvo una extraordinaria acogida; muestras de esto son una nota a la edición de 1986 de la editorial Bedout donde se afirma que ya se han hecho dos ediciones totalmente agotadas de la novela, además de las innumerables ediciones piratas que aún circulan en los mercados informales del libro, sus adaptaciones a la radio, a la televisión y al cine.²

Esta popularidad de la obra contrasta ostensiblemente con la recepción casi nula y aun el repudio que causa entre los lectores especializados, académicos y críticos literarios. Pienso que entre las razones que inciden para que la crítica literaria no se haya ocupado suficientemente de la novela están su escaso valor estético y su terrible carga ideológica.

En cuanto al valor estético, hemos dicho que la novela corresponde, por su factura, a una época anterior; Raymond Williams (1992) opina que bien pudo haber sido escrita en el siglo XIX,³ la novela correspondería

¹ Botero, Juan José, *Lejos del nido*, Editorial Bedout, Medellín, 1986. Todas las citas corresponden a esta edición.

² Sánchez López, Luis María, *Diccionario de autores colombianos*, Plaza y Janés, Bogotá, 1985, 3ª edición. Fundación Viztaz, *Literatura antioqueña clásica y contemporánea*, Medellín, 2004, CDrom. Pineda Botero, Alvaro, *La fábula y el desastre. Estudios críticos sobre la novela colombiana 1650-1931*, Fondo editorial Universidad EAFIT, Medellín, 1999.

³ Williams, Raymond, *Novela y poder en Colombia, 1844-1987*, Tercer Mundo editores, Bogotá, 1992.

así, en cierta manera, a lo que Doris Sommers (2004) ha denominado como romances, característica de la literatura fundacional del siglo XIX. En efecto, este relato se deja leer como una especie de metáfora y propuesta de la configuración de la nación, en donde los valores privilegiados son los de la raza blanca, la religión católica y la cultura hispánica, negando de paso y menospreciando los posibles valores que pudieran provenir del aporte de comunidades indígenas o de afrodescendientes;⁴ ese es el ominoso peso ideológico que porta la novela a la cual Ayala Poveda (1994) califica como una afrenta a la raza indígena.⁵ En verdad, descubrimos que todas las estrategias discursivas que el narrador pone en juego, provenientes del arsenal literario del siglo XIX, cuadros de costumbre, retratos y caricaturas, diálogos, escenas idílicas, etc., apuntan a la demonización del indígena, a su descalificación como ser humano, como ser cultural, en tanto incompetente en los ámbitos lingüístico, laboral, artístico y moral.

Haciendo a un lado la valoración estética de la obra, consideramos que la novela tiene su importancia documental en cuanto nos revela una concepción de mundo correspondiente a una sociedad y una época; asistimos con ella a las concepciones dominantes en la sociedad antioqueña del siglo XIX y a su propuesta hegemónica de nación, propuesta que continuará arrojando su sombra sobre los conflictos étnicos, sociales y económicos que perdurarán en el siglo XX.

La trama de la novela se teje en torno a la historia de Filomena, una niña blanca, perteneciente a una poderosa familia de hacendados antioqueños, quien es raptada de su hogar por una pareja de indios infernales, Mateo Blandón y Romana Grisales, dejando a su familia sumida en un profundo dolor. La niña crece y es educada en medio de los maltratos por esta pareja de indios en un lugar lejano y siniestro, siendo protegida por una india aculturada, Luisa Villada, y otra familia de hacendados de noble raigambre española, la familia Ruiz Echeverry. De sus benefactores la niña recibe su primera educación, pero bien

⁴ Sommer, Doris, *Ficciones Fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, FCE, 2004.

⁵ Ayala Poveda Fernando, *Manual de literatura colombiana*, Educar editores, Bogotá, 1994, 6° edición.

pronto sus virtudes raciales innatas la llevan a destacarse como un ser superior alcanzando ya hacia el final de su adolescencia un lugar como maestra en una institución privada. Durante su estadía en casa de los Ruiz Echeverry, la protagonista conoce al niño Luciano quien viene de culminar sus estudios en Medellín; este último se enamora perdidamente de la chica y quiere casarse con ella, pero este deseo es obstaculizado por su distinta condición social y racial y por la irrupción de una guerra civil que hace que los enamorados tengan que separarse. La historia concluye con el descubrimiento de la chica por su padre, la revelación de su verdadera identidad y condición social, lo que propicia el retorno al seno del hogar y abre la posibilidad para la realización del matrimonio y el alcance de la felicidad. En este lapso de tiempo, que abarca aproximadamente veinte años en cuanto a la protagonista se refiere, esta cambia de nombre varias veces —Filomena, Andrea, Carolina, de nuevo Andrea y, finalmente, Filomena— y debe sufrir permanentes desplazamientos, lo que posibilita al narrador entrar en variadas descripciones del paisaje geográfico y cultural de la Antioquia de aquella época.

El marco histórico en el que se desarrollan los eventos corresponde a la segunda mitad del siglo XIX, entre 1851 y 1890 aproximadamente, aunque hay una referencia a un repartimiento de tierras de indígenas en 1833. Las guerras civiles de este periodo son referenciadas vagamente por el narrador, y si bien este parece no concederles demasiada importancia, en verdad la guerra es uno de los actores principales de la historia al constituirse en el elemento desencadenante de muchas de las anécdotas que van configurando la trama novelesca.

Juan José Botero recurre a una gran cantidad de estrategias discursivas, entre las cuales mencionaremos la presencia de diversos registros lingüísticos que van desde lo castizo, culto y elevado, pasando por el habla popular antioqueña, hasta un registro de lenguaje bárbaro cuando se imitan las actuaciones lingüísticas de los indígenas. Las descripciones de los paisajes, retratos, caricaturas, escenas y cuadros de costumbre, tienen como propósito exaltar los aspectos geográfico y cultural de la región antioqueña, y contrastar el conjunto de valores de esta sociedad con el mundo magro del indígena.

Su estilo es considerado como ligero y festivo;⁶ se apela con bastante frecuencia a la conmoción sentimental del lector, y hay una serie de tópicos o temáticas dominantes que se contrastan en la configuración del universo semántico ideológico de *Lejos del nido*. Problemas como el de la identidad —que como ya hemos dicho puede ser leído metafóricamente como la cuestión de la configuración de la nación— atraviesan el relato; temáticas como la educación, la familia, la propiedad, la abundancia y la escasez, pero sobre todo el paradigma dominante de la religión, le confieren el sentido a la obra.

En las líneas que siguen vamos a ocuparnos exclusivamente del aspecto étnico y de la violencia simbólica, tal y como se nos presenta en la novela. En otra parte hemos realizado una lectura analítica, descriptiva, interpretativa de la obra, profundizando en algunas de las temáticas que aquí sólo hemos mencionado de paso.⁷

Una lectura desprevenida, como al descuido, de *Lejos del nido*, podría inducirnos a pensar como un exabrupto el querer vincular la novela al tema de la violencia. Ciertamente el carácter aparente o parcialmente festivo de la obra, su vena romántico-costumbrista, sus notas nostálgicas de un sabor arcádico, los mismos juicios explícitos del narrador en contra de la guerra, todo esto puede inducir en el lector la consideración de que la novela no tiene nada que ver con el tema de la violencia. Una relectura un poco más cuidadosa, sospechosa, o mejor dicho suspectante, una lectura de las entrelíneas y los intersticios, puede, sin embargo, revelarnos otro escenario menos idílico, otros niveles de significación.

A diferencia de *La vorágine*, cuyo tema central es invocado desde el primer párrafo como una musa maldita y que luego se va desplegando como un abanico ante nuestros ojos en múltiples y variadas formas de violencia, que parece regodearse en la descripción detallada de la escena sangrienta y macabra, donde todo es finalmente devorado por las fuerzas incontenibles de la naturaleza y la barbarie humana; a diferencia de *José Tombé*, donde la muerte violenta del indio en forma de asesinato o de suicidio abre y cierra la historia definida como una secular guerra de

⁶ Restrepo, Antonio José, en su prólogo a *Lejos del nido*.

⁷ El presente ensayo es una reelaboración de un subcapítulo de la tesis doctoral *Interculturalité et violence ethnique Dans la littérature colombienne du XX siècle*, Université Michel de Montaigne, Bordeaux, 3 de junio de 2008.

razas superpuesta a la lucha de clases,⁸ en la novela de Juan José Botero no encontramos la invocación ni la descripción de escenas de violencia física, salvo una o dos ocasiones, y aun en estos casos el acto violento pierde vigor por el tono ligeramente festivo que adquiere el relato, y cuando más adelante el mismo acto se convierte en motivo de celebración por parte de aquellos que han estado en el lugar de las víctimas. Ciertas formas soterradas, calladas, ocultas de la violencia, atraviesan la obra, principalmente la violencia simbólica y de carácter étnico.

Ya hemos dicho que la guerra (las diversas guerras civiles a lo largo del siglo XIX) es un actor de primer orden en el drama por cuanto actúa como evento desencadenante o represor de los acontecimientos. No obstante, es un actor que el narrador se niega a identificar plenamente. Sabemos que a lo largo de la historia hay una guerra; en realidad son varias, pero el narrador no da mayores detalles sobre los sujetos implicados, los bandos, partidos políticos e ideas en pugna. Podría interpretarse esto como motivado por una voluntad pacifista por parte del escritor-narrador, o porque sólo le interesa contar la historia de la pérdida y recuperación de Andrea, la historia de su vida. De cualquier manera, el hecho incontrastable es que hay un velo de silencio cubriendo una vasta porción del mundo construido por el relato.

Otro aspecto que tiene que ver con la guerra es la actitud y la participación de los personajes del drama en torno a la misma. Podemos contrastar la pareja contrapuesta de Luciano e Isidoro, antagonistas plenos en tanto pretendientes de Andrea, un dechado de virtudes, el primero, y saturado de defectos, el segundo. Para Luciano, el niño rico y educado, la guerra se concibe como algo ajeno, es un acto estúpido, considerada incluso como un objeto de risa y algo a evitar; en este sentido, la actitud y las ideas de Luciano son como un eco o reflejo de las propias del narrador, y cuando el peligro de ser obligado a tomar parte en la misma se torna inminente, Luciano puede escapar de la ciudad donde ha concluido sus estudios y refugiarse en la placidez de la hacienda familiar y más adelante aun puede huir y ocultarse en alguna otra de las posesiones

⁸ *La vorágine*, de Jose Eustasio Rivera, y *José Tombé*, de Diego Castrillón Arboleda, donde se pretende ficcionalizar una supuesta guerra racial emprendida por Manuel Quintín Lame en los albores del siglo XX, han sido trabajadas por mí en la mencionada tesis doctoral, en conjunto con otras obras colombianas de temática indígena del siglo XX.

familiares. Isidoro Quirama por su parte, no tiene opinión sobre la guerra; se lo describe como un indio ignorante, pendenciero, matón y perdonavidas; el indio inculto, despojado e incompetente es “reclutado” en compañía de sus camaradas en una batida y conducido como carne de cañón, obligados a participar en una guerra que no comprenden, y que seguramente no les interesa, justamente pocos minutos antes de consumir su matrimonio con Andrea en la iglesia de Rionegro.

En tiempo de guerra, indios y negros eran inducidos o conducidos por cualquiera de los bandos en conflicto a tomar parte en las acciones militares, a veces bajo promesas de libertad para los negros o de concesión de tierras para los indígenas; promesas muchas veces olvidadas, pero generalmente eran simplemente obligados, conducidos por la fuerza, como una contribución de los amos, patrones o hacendados blancos en la guerra. La actitud de don Ignacio Ruiz es significativa en este sentido al enviar como acompañantes del niño Luciano a los negros más viejos y a los niños (LN p.62), es decir, los que no sirven para la guerra y no corren el peligro de ser reclutados en el camino; y a los negros jóvenes, los zungos, para evitar que sean acuartelados, quiere salvarlos como salva a sus animales de la confiscación por parte de los ejércitos en lucha.

...Las guerras de independencia trajeron algunos cambios sociales significativos en la Nueva Granada, aunque la aristocracia criolla logró conservar el monopolio del poder. En la base de la sociedad, el cambio más notable fue el paso de la esclavitud a la libertad de un número incalculable de afrocolombianos. Las necesidades bélicas impulsaron a patriotas y realistas a reclutar esclavos, prometiéndoles la liberación a muchos de ellos. [...] el reclutamiento de esclavos fue también una pieza importante en el diseño de Bolívar quien en 1820 ordenó alistar 5000 esclavos (cifra después reducida a 3000) en las minas de oro y las haciendas de Antioquia Chocó y Cauca (Palacios y Safford, 2004: 341).⁹

Asistimos pues así a una de las formas más perniciosas de la violencia promovida o permitida por el Estado y sus instituciones (el ejército regular, o los ejércitos irregulares de los partidos políticos actuantes en las

⁹ Palacios, Marco y Safford, Frank, *Colombia. País fragmentado, sociedad dividida. Su historia*, Editorial Norma, Bogotá, 2004, p. 341.

regiones) inaugurada desde el momento de la conquista, persistente a través de la colonia y extendida hasta la época republicana. La victoria de los conquistadores no hubiera sido posible si no hubieran sabido manipular hábilmente las enemistades entre los señoríos indígenas para conducir ejércitos tlaxcaltecas contra Tenochtitlán, ejércitos de yanaconas en las guerras de exterminio contra pijaos y quimbayas, ejércitos de muiscas contra otros señoríos muiscas y después contra panches y muzos. Tal y como durante las guerras de independencia, los libertadores solían prometer la libertad para los negros participantes en los ejércitos rebeldes y el mejoramiento de las condiciones de los indios que contribuyeran a la causa patriota; promesas que bien pronto fueron olvidadas porque la libertad de los esclavos solo fue promulgada en 1851 “con restricciones”, y todas las constituciones del siglo XIX comprendían entre sus perspectivas la desintegración de los resguardos indígenas, es decir, el fundamento de su identidad étnica, la territorialidad, su sustento económico, la tierra, y el indio continuó siendo considerado como menor de edad hasta finalizar el siglo XIX.

Es este el cuadro social y étnico que *Lejos del nido* nos permite apenas vislumbrar bajo el manto de las palabras: negros supuestamente libertos que continúan siendo explotados como fuerza de trabajo en calidad de servidumbre por los hacendados blancos y comunidades étnicas despojadas a golpes de actos legislativos o de actos caritativos y a cuyas expensas crecieron las pequeñas y grandes propiedades de colonos, hacendados y comunidades religiosas; pero tanto los unos como los otros, me refiero a indios y negros, siempre disponibles para la guerra en nombre de ideales ajenos, que los excluían, y que las más de las veces resultaban perniciosos para su supervivencia individual y colectiva. Pero más allá del genocidio y del etnocidio que constituye el obligar a las comunidades afrocolombianas e indoamericanas a tomar parte en guerras regulares o irregulares, donde los muertos son mal contados cuando se cuentan, están las formas terribles y sutiles de la violencia simbólica, la que mata sin derramamiento de sangre, la que opera lenta y eficazmente, la que borra paulatinamente con el paso del tiempo el rostro de la multiculturalidad al integrar y homogeneizar pueblos, culturas, lenguas, religiones bajo un solo Dios y una bandera, la violencia de las instituciones

y los aparatos ideológicos de la civilización occidental, la escritura, la educación, la religión, el sistema económico, las leyes.

El análisis de estos aspectos en la novela *Lejos del nido*, apartándonos del lector ideal que el narrador construye, enfocando y realzando desde una perspectiva crítica aquellos aspectos de la obra que el narrador ha puesto en un segundo plano, lo que deja entrever apenas, lo que oculta y lo que calla, nos posibilita descubrir el texto de la antinovela enterrada, intentar la reconstrucción de otras historias, otras motivaciones, pero sobre todo expresar manifiestamente nuestro juicio del acto escriturario como el ejercicio de una violencia profunda y simbólica enraizada en el seno de nuestra sociedad. La violencia de la sociedad dominante y de la supuesta raza dominante que se impone sobre el otro, clase social dominada o raza vencida y condenada a la desaparición. La violencia simbólica expresada en el acto de narrar al otro, construirle una imagen. No se trata de la violencia de un individuo, sino de un acto de violencia invisible ejercida a lo largo del tiempo y de la historia por una sociedad y una cultura que establecen su soberanía y su dominación sobre las otras imponiéndoles así un otro ser. Son las profundas contradicciones inherentes a nuestra sociedad, donde se han mezclado criterios de clase social y de raza, como lo afirma Manuel Zapata Olivella.

...En tanto que los descendientes de los militares, políticos e ideólogos de la Independencia fueron gratificados con latifundios, honores y cargos burocráticos, las masas pardas —ne-gros, indios, mulatos y zambos—, los hijos de la trata de esclavos y de los indígenas expoliados por los conquistadores y colonizadores, se les excluyó del equitativo reparto en el régimen de igualdad, fraternidad y justicia social que se decía instaurar con las constituciones republicanas.

Desnudos, hambrientos, sin tierras ni herramientas de trabajo, pero signados con el estigma de la carimba del esclavo, las grandes masas productoras en países donde la falta de industrialización las hacía innecesarias, se vieron obligados a buscar sus propios medios de subsistencia. Así se inicia una fuerte migración de las familias recién liberadas hacia las zonas inhóspitas de las selvas y costas en busca de tierras y selvas vírgenes que descuajar y poblar. [...]

En Colombia la abolición de la esclavitud (1852) determina un éxodo masivo de los libertos hacia las regiones insalubres de la costa del Pacífico

donde se mantienen sobreviviendo en dramática lucha contra las selvas inhóspitas, sin vías de comunicación con el interior del país, privados de educación y cobertura higiénica (1999: 166-167).¹⁰

Los negros y la esclavitud

Lejos del nido es una novela en la que se expone con claridad la creencia en la existencia de una superioridad racial del blanco sobre indios, negros y mestizos de todos los matices. La novela abunda en expresiones que denotan el manejo consciente por parte del autor-narrador de una situación de dominio justificado desde su punto de vista y las evaluaciones que recaen sobre los personajes y sus actuaciones denotan la excelsitud de la raza blanca sobre aquellas que están bajo su sujeción. El conflicto central desde el punto de vista racial se da en un terreno principalmente moral-religioso entre blancos e indios, pero el panorama social que recrea la historia menciona de paso bajo diversas denominaciones a negros, zambos, mestizos y otros.

Se hace referencia, pues, a la presencia de los negros recién liberados que trabajan en la hacienda de don Nicolás Ruiz. Recordemos que la liberación de los esclavos en Colombia se promulgó a partir del año 1851, por el gobierno de José Hilario López, presidente de origen caucano; recordemos también que una de las causas que motivó algunas de las guerras civiles de esta época tenía que ver con el problema de la liberación de los esclavos o la permanencia de estos en la esclavitud. La historia principal de *Lejos del nido*, que abarca desde 1851 hasta cerca de 1890, está inscrita justamente en la época inmediata que siguió a la liberación de los esclavos. El autor-narrador se ve, pues, obligado o constreñido a justificar y explicar la presencia de las familias negras y su condición de servidumbre.

Pero para hacer conocer algo del modo de ser de los moradores de “Guacimal”, o sea, siquiera, el de conducirse en su cacicazgo y con los vasallos el señor Ruiz Restrepo, vamos a amanecer allá un día en el cual se anda en los preparativos de viaje con los bueyes, para “El Puerto”; y por este rasgo o especie que describiremos, pueden, quizás, formarse

¹⁰ Zapata Olivella, Manuel, *Las claves mágicas de América*, Plaza y Janés, Bogotá, 1999, 2ª edición, pp. 166-167

una idea más clara de lo que venimos mostrando. Manifestando, para mejor inteligencia del cuento, que como “Guacimal” fue propiedad del padre de don Nicolás, de mucho tiempo atrás, allí se alcanzó el de los esclavos, y hubo en la casa de aquellos, muchos negros, hasta bozales, y de estos descendían, los que, ya libertos, seguían viviendo como sirvientes en ella...

Han cantado los gallos por dos veces; la mañana va llegando brumosa, toldada con esa pesada niebla de la tierra fría, al través de la cual vense las personas, los ganados y aún los árboles, en figura de fantasmas o quiméricas visiones, y oímos el seguido canto del cirirí que saluda, todavía sin llegar el nuevo día.

Los mulatos, Simón y Salvador, entran sombrero en mano, a la pieza contigua al dormitorio de don Nicolás.

—Sacramento del altar, mi amo, dicen los negros.

—Dios los haga buenos, contesta desde la cama el campanilludo señor.

—¿Qué bueyes tremos, sumercé?

—Los más que topen que aquí descogeremos.

Los negros van a recoger la boyada, mientras don Nicolás y familia entonan el Rosario; él y doña Ignacia desde el lecho, y los demás en pie, acomodándose luego el viejo, entre pecho y espalda, a recios sorbetones, una taza de chocolate con arepa caliente y tajada de queso, operación que remata esta clase de gente, como toda comida, con el ruido desapacible de un gran aire, lanzado por la boca con la mayor prosopeya, afectando así más gravedad en su modo de ser...

Ya en pie, toda la familia, terminado el rezo, cada cual a sus quehaceres; y en aquella hora, mientras llegan los bueyes, don Nicolás se da a la tarea de arreglar aparejos de carga, con algunos zungos pequeños, hijos del Salvador y Simón, que harán parte de la arriería como sangreros (1999: 115-116).¹¹

Los negros continúan dando tratamiento de amos a sus patrones y por parte de estos vemos que continúan con los viejos hábitos esclavistas al disponer de los negros como parte de sus propiedades.

Hay una ambigüedad en el narrador cuando se trata de presentarnos esta relación de amos y esclavos: por una parte hace el retrato ridículo de la familia apegada a las viejas costumbres coloniales, entre ellas su actitud de superioridad y menosprecio hacia la servidumbre negra, actitud

¹¹ *Lejos del nido*, pp. 115-116

propia del negrero, como en el retrato de doña María Ignacia Echeverry Marulanda de Ruiz, montada en su caballo con el látigo en la mano e impartiendo órdenes; pero el narrador, por otra parte, se apresura a certificar que son personas buenas, nobles, generosas, apegadas a los valores cristianos, recreando así la impostura del esclavo feliz.

Si había otros pequeños, no hay necesidad de tocar con ellos, por ahora, como la hay de presentar, siquiera sea a grandes brochazos, la matrona de la casa, doña María Ignacia Echeverri y Marulanda de Ruiz: “...sobra nombre o falta lápida”.

Era esta señora, entrada en años, pero todavía hermosa; blanca; llena de carnes; facciones aristocráticas; cuerpo alto; mirar despreciativo y lenguaje idem; todos para ella, “unos zambos”; amiga de hacer su voluntad; más sentenciosa que la corte suprema; entremetida y averiguadora de vidas ajenas, más por hábito y como pasatiempo, que con dañadas intenciones, pues el fondo de misiá María Ignacia era de orito puro. Tan fanfarrona señora se hacía obedecer en la casa con la mirada, y como a ella nadie le chistaba o contradecía, pocas veces tenía que hacer uso de un ramal de rejo, que enlazaba al chumbe, y que a la verdad, no lo cargaba por lujo; caritativa y servicial como ninguna... (Botero, 1999).

El narrador nos muestra, por ejemplo, a don Nicolás Ruiz descalzo y trabajando hombro con hombro, como de igual a igual con sus peones y sirvientes, pero también lo vemos disponiendo de las personas de ancianos y niños negros para constituirle una pequeña servidumbre de acompañamiento al niño Luciano, cuando lo envía a la finca del Cauca para ocultarle y sustraerle del peligro de la conscripción por causa de la guerra.

—Hijo, dijo don Nicolás, ya sabrá cómo marchan las cosas actualmente. La revolución está en su fina. Hay una persecución y una reclusión dadas al diágiro. Semos de pensar y nos parece muy puesto en razón, a yo y a su señora madre, que busté no esté por aquí tan a la mano. No sabemos si de golpe hay algún intrigante que le haga echar guanvías, y aunque no sea pa llevárselo de soldao; pa sacarnos plata. Luciano callaba.

Por ahora, continuó el viejo, como están las cosas, no debemos pensar en lo que busté deba ponerse a hacer, en buena forma, y por lo mismo creo conveniente, que por lo pronto se encargue de Chontalito,

que se vaya al Cauca a cuidar la finca y a llevar algunos animales, los más que se puedan, a ver si los escapamos, que aquí barren un día de estos con lo que hay, si no son los unos, son los otros.

Luciano como una tapia.

—Ya ve, hombre, mi compadre mandó a Daniel a Los Charcos y bien que va el muchacho. Buen vecino y compañero va a tener.

—Se lleva al viejo Lucas y a la vieja Rufina, y como a ellos no los han de arriar de soldados, mucho le sirven.

Se lleva también a Salvador y a los zungos que estén de cuartel, y entre todos les hacemos una gallunga a los animales y son muchos los que se arrean. Cuando ya las cosas se silencén, sale a ver qué se pone a hacer en forma (pp.161-162).¹²

No obstante que el autor es declarado partidario de las ideas liberales, vemos que al mismo tiempo justifica el *statu quo*, adjudicando a cada grupo racial o étnico un lugar en la jerarquía socioeconómica como algo que le corresponde naturalmente en virtud de sus capacidades intelectuales, morales y aptitudes para el trabajo. En esta escala social, salvo estas contadas excepciones, el negro no es más que un objeto del decorado, un objeto casi sin valor, exceptuando el valor que como fuerza de trabajo representa para el amo; tanto así que su presencia se torna invisible, por ejemplo, en la descripción de la composición de la familia Gómez Mejía o en la descripción del paisaje humano regional de Antioquia.

Es cierto que a diferencia del tratamiento que el narrador le da a los indios absolutamente denigrante, en cuanto se refiere a los negros, la expresión está matizada por el modo humorístico de la caricatura de la familia Ruiz Marulanda, y por el apresuramiento en desvirtuar la caricatura al exaltar sus virtudes como familia noble, cristiana, generosa y trabajadora. No hay por lo tanto la expresión de una enconada antipatía hacia los negros por parte del narrador, sino más bien en la reproducción de las evaluaciones que personajes como doña María Ignacia hacen recaer sobre aquellos que considera sus inferiores: “todos para ella unos zambos”, y el uso de expresiones que operan al mismo tiempo como denigrantes a la vez que descriptivas de una condición racial y por lo tanto socioeconómica: zambos, negros, bozales, zungos, mulatos, mestizos.

¹² *Lejos del nido*, pp. 161-162

Los indios invisibles en la Antioquia del siglo XIX

La cuestión racial o la violencia étnica está presente en todos los niveles que estructuran la novela: en el nivel narratorial, en el nivel de la historia y en el nivel del relato en tanto discurso verbal. Hay, sin embargo, dos aspectos más que quisiera examinar para concluir este estudio y ambos tienen que ver con el valor documental que le asigno a esta novela. El primero es que la novela permite constatar la presencia de comunidades étnicas en esta zona antioqueña por lo menos hasta finales del siglo XIX; recordemos que la historia ficcionada por Juan José Botero alcanza aproximadamente hasta 1890; este hecho contrasta ostensiblemente con una imagen construida por los historiadores de una Antioquia tempranamente vaciada de su población nativa. Según el historiador Jaime Jaramillo Uribe (1981), hacia 1610 “no había llegado a su clímax la disminución de la población, aunque ya estaba altamente diezmada especialmente en la provincia de Antioquia”.¹³ Según esto, la población indígena de Antioquia fue rápidamente arrasada o aniquilada por los invasores españoles dejando el territorio libre, baldío, para ser repoblado por las familias blancas de ascendencia hispánica, con sus cuadrillas de negros esclavos. Esta sería una de las características básicas que configuran el “mito” de la raza antioqueña, como lo exponía López de Mesa todavía hacia 1934:¹⁴

Por lo que hace al inmigrante español, Antioquia le tuvo de buena calidad, del norte de la Península en un treinta por ciento más o menos, con andaluces, castellanos, etc. Ahí fueron gentes de mucha empresa, porque el aislarse en tales desfiladeros, secuestrados del mundo por selvas y lomas abruptas no era aperitivo de pusilánimes.

Esto explica la relativa homogeneidad del pueblo antioqueño en carácter y costumbres: unos centenares de familias, de las cuales más de

¹³ Jaramillo Uribe, Jaime, “Etapas y sentido de la historia de Colombia”, en: *Colombia hoy*, Bogotá, Siglo XXI editores, 1981, 7° edición.

¹⁴ El mito de la raza antioqueña es presentado de la siguiente manera por Palacios y Safford: “Mito Antioqueño: la tradición paisa describe a los magnates antioqueños del siglo XIX como hombres de origen humilde que triunfaron gracias a sus propios esfuerzos, mediante la aplicación de las virtudes capitalistas usuales: trabajo arduo, disciplina, honestidad, visión, capacidad de cálculo, puntualidad, etc. Según esta misma tradición, después de volverse ricos seguían llevando una vida modesta y sencilla”. Palacios y Safford, *op.cit.*, p. 341.

ciento eran vascongadas, lo formaron en el transcurso de cuatro siglos. **A mediados del XVIII** apenas si contaba la provincia cincuenta mil habitantes, **lo que presupone la desaparición casi total de los aborígenes.**¹⁵

Vale la pena, pues, contrastar esta imagen de la Antioquia hispana, vasca o judía, colonizando un territorio vacío ya de indígenas, con la caracterización racial que alcanzamos a percibir a través de *Lejos del nido*. Los hechos o datos que podemos extraer de la novela son los siguientes:

Que en 1833 se hizo un repartimiento de los terrenos de indígenas de Santa Bárbara, Zabaletas y el Chuscal.

Que a poca distancia de Rionegro, se ubica el pueblo de San Antonio, el cual originalmente fue una ranchería indígena.

Que hacia aquella época (entre 1870 y 1890) la raza indígena se conservaba casi pura en aquel pueblo.

Que después del hallazgo de la imagen de san Antonio por un nativo, los indios se fueron mezclando *con gente de color claro* que fue invadiendo los dominios de los indios.

El autor menciona también algunos apellidos y familias indígenas: Blandón, Grisales, Quirama, Colorado, Quinchía.

Que algunos indios ostentaban “cargos” como el de Alférez, para las fiestas religiosas, y Cacique, y tenían un poder o autoridad sobre los indios.

El segundo aspecto es que la novela nos da indicios de cómo se ha efectuado el proceso de despojo, de exterminio y de suplantación étnica que desembocaría en lo que algunos intelectuales califican como “el milagro antioqueño”, que surgidos de una infinita pobreza, con el solo esfuerzo de su trabajo, y animados por el orgullo de su raza, se dieron a poblar y edificar la riqueza sobre las tierras baldías.

Este es el milagro de aquellas gentes, que así tan pobres y solitarias guardaron la lumbre de indeficiente aspiración a la remota cultura madre de que su ideal se nutrió casi por instinto. Siempre he apreciado mucho

¹⁵ López de Mesa, Luis, *De cómo se ha formado la nación colombiana*, Edit. Bedout, Medellín, 1970.

esa vocación admirable del pueblo antioqueño a ennoblecer su estirpe con dones de espiritualidad a través de un sino adverso. [...]

Que enaltezca su misión tiene gran importancia para todo el país dado su alto coeficiente de natalidad, su posición en el centro de la República y su tendencia migratoria que le llevó primero a poblar el departamento de Caldas y luego la zona del Quindío en las vertientes que miran al Valle y al Tolima, y en fin, a avanzar por las faldas de la cordillera de Occidente, creando ricos y hermosos pueblecitos de mucha esperanza (López de Mesa, 1970: 104-105).¹⁶

La novela informa del acto de repartimiento de tierras que tuvo lugar en el año 1833. Lo que podemos encontrar detrás de esta nota es la “guerra silenciosa” para utilizar la imagen de Manuel Scorza, que emprendieron las élites criollas desde el momento mismo de la emancipación española contra los últimos reductos de la territorialidad indígena que se habían logrado preservar de la voracidad hispánica. Los territorios comunales de los indígenas se habían constituido en su única posibilidad de supervivencia física y de preservación de una identidad étnica. Si en algo estaban de acuerdo las oligarquías criollas que habían desangrado al país en las innumerables guerras civiles del siglo XIX, era en la disolución de los resguardos. Una síntesis de datos históricos así nos lo demuestra.¹⁷

En 1810, el primer gobierno republicano de Santa Fe de Bogotá había clamado por la división de los resguardos.

En 1821, el Congreso de Cúcuta decretó que las tierras fueran repartidas entre los indígenas, sacando una porción para pagar a los agremiadores y otra para financiar las escuelas públicas.

El primer gran esfuerzo para dividir los resguardos tuvo lugar entre 1830 y 1840.

En 1850 el Congreso autorizó a las legislaturas provinciales a dividir las tierras comunales de los indígenas y a permitir su venta.

¹⁶ López de Mesa, *op. cit.*, pp. 104-105.

¹⁷ En la obra *Los funerales de Antioquia la grande*, Arango Jaramillo, escritor, periodista y político antioqueño, cuestiona duramente los mitos y las mentiras sobre los cuales reposa la imagen del poder antioqueño. El capítulo IV,4 hace una puesta a punto histórico sobre la acción de cinco familias que, gracias a su poder político, a su rol en el dominio público y a las malversaciones económicas, se apropian de una extensa región en el sudoeste de Antioquia; el proceso de expoliación de tierras y recursos es semejante al que nosotros describimos aquí. Arango Jaramillo, Mario, *op. cit.*, pp.134-139.

Durante la década de 1850 el ritmo de enajenación de los predios indígenas se aceleró (Palacios y Stanford, 2002: 359-363).¹⁸

Sobre las condiciones en que se realizó el famoso reparto de 1833, el examen de un documento de 1906 nos demuestra cómo a los indígenas se les otorgaron algunas parcelas, pero de paso fueron despojados de más de la mitad de su territorio, una parte era para pagar los agrimensores, otra para las escuelas, pero secretamente muchos lotes no fueron adjudicados quedando así bajo la denominación de baldíos y por tanto sujetos al mercadeo. Hubo protestas de los indígenas y litigios entre particulares que aspiraban a apropiarse de algunos de estos terrenos. La denuncia es hecha por el señor Juan Enrique Withe, quien al parecer tenía interés en la adjudicación legal de dichos territorios. Del documento, bastante raro por cierto, cito sólo una parte:

En 1832, con fecha 6 de marzo, expidió el Gobierno de la República una ley sobre distribución de resguardos de toda la Nación, ordenando que se repartieran así: diez doceavas para los indígenas; una, para las Escuelas, y la restante, para gastos de partición, cosa muy distinta en el fondo de lo que asevera el Sr. Inspector de I. P. En cumplimiento de esta ley se repartieron los resguardos de El Chuscal del Distrito del Retiro, otro en Caldas, otro en Andes o El Jardín, los de Buriticá y Arro y algunos otros.

El repartidor de los resguardos de Occidente, que no estaba a la altura de su comisión, principió el trabajo en 1833, recorriendo el territorio que en su totalidad puede contener unas 210.000 hectáreas, calculándolo en 270.000 fanegadas. De aquellas, unas 110.000 están en la hoya de Riosucio, donde se encuentran hoy las poblaciones de Cañasgordas, Frontino y Dabeiba, y las otras 100.000 en el valle del Murri.

El partidor hizo diez lotes en Murri para las diez doceavas de los indígenas; un lote en la banda derecha del río Herradura, incluyendo a Urama y Uramita, para la cuota de la Escuela, y la banda izquierda del mismo río, incluyendo las hoyas de Frontino, Rioverde y El Pital, para el lote de gastos de partición, es decir, mucho más que la mitad de todo el resguardo, y las mejores tierras, donde los indios tenían sus establecimientos principales, para las dos duodécimas correspondientes a las

¹⁸ Datos tomados de Palacios, Marco y Safford, Frank, *Colombia, país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*, pp. 359-363.

Escuelas y gastos de partición. Hizo una lista de 135 cabezas de familia y las quiso acomodar en los diez lotes del valle de Murri, nombrándoles cabidas arbitrarias, sin fijarles paraje, situación o linderos. Jamás se ha visto una partición más inicua y leonina, advirtiéndole que el lote para gastos de partición se lo adjudicó el comisionado por sí y ante sí, y pretendió pedir la protección del Gobierno para que arrojara de allí a mano fuerte a los indígenas que lo ocupaban como dueños desde tiempo inmemorial. Los pobres indios reclamaron y el Gobierno ordenó al partidario que debía señalar a cada familia su terreno o lote alinderado, en el mismo lugar que ocupaba antes. El comisionado, para cumplir esta orden, invirtió cerca de cuatro años adjudicándoles a las cabezas de familia un lote pequeño en el lugar donde estaban establecidos, en toda la extensión del resguardo, y para completarles su derecho, otro lote grande en la hoya de Murri, limitándolos como le fue posible.

Como la doceava que había señalado a las Escuelas representaba cerca de una tercera parte de todo el resguardo, no hizo otra cosa, para cumplir la orden del Gobierno, que alinderar y definir claramente grandes lotes que no estaban ocupados en esa cabida y adjudicárselos a las Escuelas, lo que hizo en la proporción que calculó corresponder a ésta pero dejando muchos lotes libres sin adjudicar.¹⁹

La novela *Lejos del nido* se limita a informar de esta repartición para mostrar cómo a los indios *les cupo en suerte* una de estas pequeñas parcelas. La novela no da cuenta de ningún tipo de conflicto generado por la repartición leonina de los funcionarios encargados o el despojo de sus mejores tierras; tampoco los historiadores documentan ningún caso de enfrentamientos por tierras en donde haya habido participación de los indígenas —recordemos que para los historiadores los indios ya no existían en Antioquia—; sin embargo, es posible confirmar que sí hubo protestas legales —como lo muestra el documento de White— y aun rebeliones o amenazas de rebelión por parte de los indios, a causa del despojo y de la repartición de sus tierras ancestrales como nos lo muestra Whiter Amalia Salazar Vargas en su monografía, pero el resultado final de todo esto fue la extinción de los resguardos y de paso de los grupos étnicos.

¹⁹ White, Juan Enrique, “Carta al Señor Director de Instrucción Pública del Departamento de Medellín”, Mayo de 1906, publicada en *Revista de Instrucción Pública*, Medellín, 1906.

De acuerdo con la documentación estudiada, ningún corregidor habló bien de los indios de San Antonio de Pereira. Siempre los calificaron de perezosos, flojos para el trabajo, lo que los inclinaba al robo del cual vivían muchos de estos, sin descartar los pocos, que según ellos eran honrados y laboriosos. Consideraban que muchos de estos males eran resultado de la falta continua de un director espiritual que les impartiera conocimientos de la religión y dogmas de fe.

Al igual que los anteriores, resguardos del oriente ubicados en el valle de Rionegro, el repartimiento se realizó a partir de 1833. Se tuvieron en cuenta terrenos de Pereira y El Chuscal, los lugares donde pasaban los caminos reales y los parajes de Guarzo, Pantanillo, Guineo y Don Diego y el camino principal a Sabaletas cerca de La Ceja. Todo esto en predios del resguardo de San Antonio de Pereira.

Se evaluaron los terrenos que comprenden los Resguardos de San Antonio y El Chuscal por un valor de 24.018 pesos de los que se dividieron terrenos para gastos, escuela y diez fanegas para el fomento de la población. Todo para el pago del repartimiento, y el resto para repartirlo entre los indígenas. Lo anterior lo tuvo en cuenta el señor gobernador de la provincia, quien autorizó al jefe político de Rionegro para que precediera al repartimiento.

Después de este repartimiento, solo se tiene información de San Antonio de Pereira y El Chuscal, en 1860. Acerca de litigios de la posesión de la tierra y la erección como corregimiento de Rionegro. Desde 1912, San Antonio de Pereira se convirtió en centro agrícola ganadero y lugar de verano del municipio de Rionegro.

Fue común para los anteriores pueblos de indios (El Peñol, Sabaletas, San Antonio de Pereira y El Chuscal) que el aumento de la población libre y su presión sobre las tierras del resguardo, llevaran al desplazamiento de la población indígena a otros lugares, o aceleraran un proceso de mestizaje con el fin de conservar la posesión de la tierra. Estas circunstancias permitieron que se diera el proceso colonizador del oriente antioqueño hacia las tierras del sur.²⁰

²⁰ Salazar Vargas, Wither Amalia, *Resguardos en Antioquia: Crisis y desintegración 1780-1850*, Tesis de grado en Historia, Director: Roza Gauta, José, Universidad de Antioquia, Medellín, 1994, pp. 151-152.

Una cosa parece ser clara: gracias al tratamiento que le hemos dado a la novela *Lejos del nido* —una obra descuidada por la crítica académica— como un documento y a su confrontación con unos datos sociohistóricos escasos, podemos constatar, en contra de la opinión de los historiadores, que sí había unas poblaciones nativas en la región antioqueña, al menos hasta fines del siglo XIX; que esas poblaciones tenían unos territorios comunales los cuales les habían permitido preservar hasta un cierto punto su integridad física y cultural, y que estos fueron repartidos por un acto escriturario dimanado de la ciudad letrada, con las consiguientes consecuencias etnocidas; que hubo protestas y rebeliones indígenas contra esta agresión a su integridad étnica milenaria que no han sido consideradas por los historiadores y que se encuentran silenciadas por el novelista; finalmente, que el acto de violencia étnica que significa el usurpamiento a unas comunidades indígenas de su medio de supervivencia, va acompañado por otros dos actos de violencia simbólica que refuerzan el proyecto hegemónico social y estatal: uno, su demonización, el despojamiento de su dignidad humana al retratarlos como seres ineptos para el trabajo y degenerados moral y espiritualmente, como cumple su misión la novela *Lejos del nido* y una buena parte de la literatura en general como lo podremos constatar con la lectura de *La vorágine*, *José Tombé*, *Andágueda* y otras, y su desaparición en los textos oficiales, su extinción simbólica. Los indios de la Antioquia del siglo XIX han sufrido, pues, la terrible enfermedad que afectó al héroe de la novela de Scorza: la invisibilidad. Así nos lo confirma el escritor Mario Arango en su ya mencionado documento crítico de 1990.

...En los ancestralmente predominantes valores del conglomerado cultural antioqueño, el elemento indígena ha tenido muy poca significación, prácticamente ninguna. Dichos valores se han nutrido, en alto grado, en fuentes y raíces hispánicas, y, en menor proporción, en el aporte del elemento africano, por su impactante influencia en el medio cultural minero.

Sin embargo, a ese aporte esencialmente negro se le ha pretendido otorgar una significación marginal y folclórica, pues a partir de la colonización cafetera y la industrialización del Valle del Aburrá, las clases dirigentes antioqueñas pretendieron blanquear su imagen, lavándola de cualquier pasado oscuro.

En cuanto al elemento indígena, prácticamente no figura en su folclor oficial, ni en sus mitos y leyendas, ni en su música y menos en las páginas de sus romances y novelistas.

Deliberada o inconscientemente, Antioquia ha olvidado o desechado su pasado y su presente indígena. Por ello, muy pocas, casi ninguna referencia tenemos sobre nuestro elemento indígena, que para nosotros es algo muy lejano (pp. 25-26).²¹

Bibliografía

- Arango Jaramillo, Mario (1990). *Los funerales de Antioquia la grande..*. Medellín: Editorial J-M Arango.
- Ayala Poveda, Fernando (1994). *Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Educar editores.
- Botero, Juan José (1986). *Lejos del nido*. Medellín: Editorial Bedout.
- Botero Páez, Sofía (editora) (2003). *Construyendo el pasado. Cincuenta años de arqueología en Antioquia*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Castrillón Arboleda, Diego. (1973). *José Tombé*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Córdoba, Estella María (2003). *Antioquia. Salto sobre salto: un siglo de literatura, guerra y violencia. 1839-1949*. Medellín.
- Curcio Altamar, Antonio (1975). *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- D'Allemand, Patricia (2001). *Hacia una crítica cultural latinoamericana*. Berkeley-Lima: Centro de estudios literarios Antonio Cornejo Polar.
- Fundación Viztaz (2004). *Literatura antioqueña clásica y contemporánea*. Medellín: [CD-ROOM].
- Lienhard, Martin (1990). *La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico social en América Latina. 1492-1988*. La Habana: Casa de las Américas.
- Jaramillo Uribe, Jaime (1981). *Etapas y sentido de la historia de Colombia. Colombia hoy*. Bogotá: siglo XXI editores. 7º edición.
- López de Mesa, Luis (1970). *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Medellín: Edit. Bedout.
- Palacios, Marco y Stafford, Frank (2002). *Colombia. País fragmentado, sociedad dividida. Su historia*. Bogotá: Grupo editorial Norma.

²¹ Arango Jaramillo, Mario, op. Cit., pp. 25-26.

- Pineda Botero, Álvaro (1999). *La fábula y el desastre. Estudios críticos sobre la novela colombiana 1650-1931*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Piotrowski, Bodgan (1988). *La realidad nacional colombiana en su literatura. Aspectos antropológicos, culturales e históricos*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Rama, Angel (1982). *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI editores.
- Rama, Angel (2004). *La ciudad letrada*. Tajamar editores.
- Rojas, Cristina (2001). *Civilización y violencia: la búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá: Edit. Norma.
- Salazar Vargas, Whiter Amalia (1994). *Resguardos en Antioquia: Crisis y desintegración 1780-1850*. Tesis de grado en Historia. Director: Roza Gauta José. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Sanchez López, Luis María (1985). *Diccionario de Autores Colombianos*. Bogotá: Plaza y Janés. 3° edic.
- Sommer, Doris (2004). *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Valencia Villa, Hernando (Enero-abril, 1989). De las guerras constitucionales. *Revista Análisis Político*. N° 6. Bogotá: Universidad Nacional.
- White, Juan Enrique (Mayo, 1906). Carta al Señor Director de Instrucción Pública del Departamento de Medellín. *Revista de Instrucción Pública de Medellín*.
- Williams, Raymond (1992). *Novela y poder en Colombia: 1844-1987*. Bogotá: Tercer mundo editores.
- Zuleta, Eduardo y de la Casa, Enrique (2000). *La novela antioqueña. 1880-1930. Colección autores antioqueños*, No. 124. Medellín.

Fabio Gómez Cardona

Profesor Universidad del Valle, Cali, Colombia. Doctorado en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, Universidad Michel de Montaigne, Bordeaux 3, Francia. Director Grupo de Investigación en Literaturas y Culturas Amerindias MITAKUYE OYASIN, Cali.

Recibido: 12 marzo de 2009

Aprobado: 30 de abril de 2009